



**SEAN
BLACK**

**LA RECOMPENSA
DEL DIABLO**

**ISABEL
MURILLO**

LA RECOMPENSA DEL DIABLO

Sean Black

Traducción: Isabel Murillo

Copyright © Sean Black
All Rights Reserved.

Tabla de contenidos

[Sobre el Libro](#)

[Sobre el Autor](#)

[Sobre el Traductora](#)

[Prólogo](#)

[Uno](#)

[Dos](#)

[Tres](#)

[Cuatro](#)

[Cinco](#)

[Seis](#)

[Siete](#)

[Ocho](#)

[Nueve](#)

[Diez](#)

[Once](#)

[Doce](#)

[Trece](#)

[Catorce](#)

[Quince](#)

[Dieciséis](#)

[Diecisiete](#)

[Dieciocho](#)

[Diecinueve](#)

[Veinte](#)

[Veintiuno](#)

[Veintidós](#)

[Veintitrés](#)

[Veinticuatro](#)

[Veinticinco](#)

[Veintiséis](#)

[Veintisiete](#)

[Veintiocho](#)

[Veintinueve](#)

[Treinta](#)

[Treinta y uno](#)

[Treinta y dos](#)

[Treinta y tres](#)

[Treinta y cuatro](#)

[Treinta y cinco](#)

[Treinta y seis](#)

[Treinta y siete](#)

[Treinta y ocho](#)

[Treinta y nueve](#)

[Cuarenta](#)

[Cuarenta y uno](#)

[Cuarenta y dos](#)

[Cuarenta y tres](#)

[Cuarenta y cuatro](#)

[Cuarenta y cinco](#)

[Cuarenta y seis](#)

[Cuarenta y siete](#)

[Cuarenta y ocho](#)

[Cuarenta y nueve](#)

[Cincuenta](#)

[Cincuenta y uno](#)

[Cincuenta y dos](#)

[Cincuenta y tres](#)

[Cincuenta y cuatro](#)

[Cincuenta y cinco](#)

[Cincuenta y seis](#)

[Cincuenta y siete](#)

[Cincuenta y ocho](#)

[Cincuenta y nueve](#)

[Sesenta](#)

[Sesenta y uno](#)

[Sesenta y dos](#)

[Sesenta y tres](#)

[Sesenta y cuatro](#)

[Sesenta y cinco](#)

[Sesenta y seis](#)

[Sesenta y siete](#)

[Sesenta y ocho](#)

[Sesenta y nueve](#)

[Setenta](#)

[Setenta y uno](#)

[Setenta y dos](#)

[Setenta y tres](#)

[Setenta y cuatro](#)

[Setenta y cinco](#)

[Setenta y seis](#)

[Setenta y siete](#)

[Setenta y ocho](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre el autor](#)

Sobre el Libro

Declarado culpable de una serie de terrible crímenes contra jóvenes muchachas en la selecta ciudad californiana de Santa Bárbara, el acaudalado playboy, Charlie Méndez, ha cruzado la frontera de los Estados Unidos para instalarse en México.

En vista de que los diversos cazadores de recompensas que han ido tras él han sufrido un espeluznante final en manos del macabro cártel de la droga contratado por su familia para velar por su seguridad, Méndez parece un fugitivo destinado a vivir en la más completa impunidad. O lo parece hasta que una de sus muchas víctimas convence a Ryan Lock, un especialista en seguridad de primer nivel, y a su socio Ty Johnson, un marine retirado, para que se hagan cargo del caso.

Inmersos en un mundo de pesadilla donde es imposible confiar en nadie, y mucho menos en las autoridades, ambos descubren una ciudad más mortal que cualquier zona de guerra del planeta. Peor aún, cuando una atractiva y joven turista norteamericana desaparece de las calles, todo apunta a que Méndez ha vuelto a las andadas. ¿Se verán obligados Lock y Ty a pagar la Recompensa del Diablo para impedir que se produzca una nueva víctima?

Sobre el Autor

Como trabajo de investigación previo a la serie de thrillers protagonizados por Ryan Lock, Sean Black se sometió a un intenso periodo de formación como guardaespaldas con antiguos miembros de la unidad de escoltas de la Royal Military Police, pasó un tiempo en Pelican Bay Supermax, California, la cárcel de máxima seguridad más peligrosa e los Estados Unidos y se aventuró a descubrir los túneles que recorren el subsuelo de Las Vegas. Licenciado por la Columbia University, Nueva York, posee también una licenciatura en Política y Economía por la Oxford University, Inglaterra.

Sobre la Traductora

Isabel Murillo es licenciada en Historia del Arte y Antropología por la Universidad de Barcelona, España, y posee también una diplomatura en Ciencias Empresariales. Después de desarrollar una carrera profesional en el campo del marketing, decidió dedicarse a su pasión, la traducción literaria, profesión que la ha llevado a traducir a autores como Khaled Hosseini, Lorrie Moore, Bill Bryson y Conn Igulden, entre otros.

Para más información sobre Sean Black y sus libros, visite su página Web en www.seanblackbooks.com o sígale en Facebook www.facebook.com/seanblackthrillers

Para Gordon Gray, un troyano auténtico

Prólogo

Santa Bárbara, California

Eran las ocho de la tarde de un viernes y los bares y discotecas de State Street empezaban a llenarse. Tres universitarios salieron tambaleándose del pub irlandés James Joyce y zigzaguearon hasta derrumbarse sin parar de reír en la acera, donde uno de ellos agarró a sus dos compañeros aprisionándoles la cabeza como si practicara una llave de lucha libre. En la puerta de la discoteca Velvet Jones, un gorila pedía la identificación a dos jóvenes estudiantes de instituto y montaba un numerito examinando sus, sin duda alguna, falsos carnets de identidad, para finalmente soltar la cinta roja y dejarlos pasar.

A lo largo y ancho de la principal zona de ocio de la ciudad, se desplegaban escenas de desenfreno juvenil similares, y eso sucedía todos los años, tal y como cualquier habitante de la adinerada comunidad playera californiana podía recordar.

Charlie Méndez observaba la escena apostado en la esquina de State con West Haley. Extrajo un cigarrillo del paquete de Marlboro Reds que escondía en el interior de la manga arremangada de su camiseta, hurgó en el bolsillo delantero de su pantalón vaquero hasta dar con su mechero Cartier y lo encendió. Aspiró el humo con fuerza hasta llenar sus pulmones y continuó observando la calle. Pasó por su lado un grupillo de chicas, una de ellas, morena y de piernas interminables, volviéndose para sonreírle. Charlie le

respondió con su mejor sonrisa de surfista vividor californiano y se pasó la mano por su abundante mata de rizos rubios. Ella replicó a su vez con una nueva risita y dio la impresión de que iba a decir alguna cosa, pero una de sus amigas la agarró por el codo y tiró de ella para seguir caminando.

Charlie sacó entonces la pequeña cámara digital que siempre llevaba encima para estas ocasiones y le gritó a la chica:

—¡Oye, preciosa! ¡Sonríe!

Aquella expresión tan sobada y el detalle de la fotografía habrían llevado a la mayoría de hombres de la edad de Charlie a hacer un gesto levantando un dedo índice o a forzar una mirada de asco, pero Charlie no formaba parte de la mayoría de los hombres. Había sido lo bastante atractivo como para trabajar como modelo en Nueva York desde los dieciocho años y hasta bien entrada la veintena y, a pesar del estilo de vida que llevaba, su aspecto actual estaba simplemente algo desvaído, pero en absoluto desaparecido. Su cabello y sus dientes seguían siendo perfectos y su rostro, castigado por el sol, la arena y el mar, era duro.

La chica se ruborizó y le susurró algo a su amiga antes de sumarse de nuevo al grupo.

Charlie contempló la imagen de la pantalla. El diminuto flash debía de haberla asustado, puesto que aparecía con los ojos cerrados. Sintió un escalofrío solo de pensar en lo que podía suceder luego.

Vivía por noches como aquella. La ciudad donde se había criado le gustaba por muchas cosas, pero tal vez su preferida fuera las muchas oportunidades que brindaba a un

hombre como él. Cada curso suponía el adiós de los estudiantes que terminaban su carrera y la llegada de otros nuevos. La ciudad estaba en un estado de constante transfusión y reabastecimiento. Pero Charlie se mantenía constante. Observando. Esperando. Eligiendo su momento. Siempre preparado para aumentar su colección.

Le echó un vistazo al reloj, un Rolex Oyster Submariner de cinco mil dólares y aspecto poco surfista. La noche era joven. Iría a casa y lo prepararía todo. Entonces, hacia las once, volvería para ver lo que le deparaba el resto de la velada. Los estudiantes empezarán a desfilan a partir de mañana y, en el transcurso de los próximos días, Santa Bárbara se transformaría de ciudad universitaria en ciudad turística. Llegaría la gente que vivía en LA o San Francisco y tenía casas de verano en la zona. Parejas. Familias. Que de nada le servían. Abarrotaban la playa donde practicaba el surf por las mañanas y, en términos generales, le amargaban la vida.

Eso significaba que esta noche tenía que salirle a cuenta. Tenía que conseguir que fuese especial. Esta noche tenía que servirle para superar los largos y solitarios meses de verano hasta la llegada del semestre de otoño, cuando llegaría carne fresca.

Dio media vuelta y regresó a su coche, un aerodinámico Aston Martin descapotable. Saltó al asiento del conductor, aceleró el motor y arrancó en dirección norte siguiendo la costa, ansioso por preparar el escenario para lo que se acercaba.

Primera Parte

Uno

Dieciséis meses después

Los Ángeles, California

Con el corazón latíéndole con fuerza, Melissa Warner se abrió paso entre la aglomeración de cuerpos hasta situarse en primera línea, delante del escenario. Casi directamente encima de ella, un niño de color y de dulces facciones, vestido con pantalones vaqueros holgados y una camiseta de los LA Lakers, cantaba sobre «zorras» y «putas» mientras dos DJ ataviados con un estilo similar trabajaban con las pletinas detrás del él. A lado y lado del rapero, una docena de bailarinas, con artilugios sadomasoquistas y en ropa interior, giraban extasiadas al son de la letra.

«Todos sabéis que las zorras y las putas,
Van detrás de una única cosa.»

Dos focos zigzagueaban sobre la masa de cuerpos que llenaban el polideportivo. El bajo aporreaba con tanta potencia los altavoces que Melissa notaba incluso el suelo moviéndose al ritmo de la música. El rapero se llevó una mano a la entrepierna y agitó con la otra un puñado de billetes de dólar. La multitud, integrada en su mayoría por adolescentes de las barriadas de la ciudad, gritaba y voceaba dando su aprobación a la letra.

«Una letra que reduce a sus hermanas, a sus madres y a sus novias, ¿a qué exactamente? A prostitutas. A gente que

sirve solo para una cosa. A simples trozos de carne. Tú concéntrate en lo tuyo —se dijo—. Recuerda por qué estás aquí. Para encontrarlo.»

No había sido precisamente fácil localizarlo. Ni mucho menos. Pero le había seguido la pista con tenacidad, haciendo caso omiso a todo aquel que le había dicho que haría mejor dejándolo correr. Y su insistencia estaba a punto de verse compensada. Lo tenía muy cerca. El hombre al que se lo haría pagar y, con ello, la oportunidad de poder, por fin, seguir adelante con su vida.

Examinó la barrera, y la hilera de musculosos vigilantes de seguridad vestidos con camiseta. No vio por ningún lado el hombre que estaba buscando. Se abrió paso a empujones hacia un lado del escenario, sumergiéndose por debajo de los codazos y extendiendo los brazos, como una nadadora, para crear huecos en el muro de carne que la rodeaba.

La presión de los cuerpos le provocaba náuseas y mareo. Hacía esfuerzos por respirar, pero era como si aquel aire contuviera tan solo calor y humedad en lugar de oxígeno. Y entonces, justo cuando empezaba a temer que acabaría desmayándose, encontró una escapatoria y quedó libre del gentío.

Junto a la valla de seguridad había un solitario vigilante, vestido con una camiseta de la gira de los «Triple-C» (el acrónimo de Compton Clown Crew) y con una fotografía plastificada a modo de identificación colgada de un cordón de seda negra. Más allá, una rampa de madera oscura daba acceso a la zona de camerinos. Melissa buscó su teléfono móvil y seleccionó la única fotografía que había logrado en-